

astrosas y mojadas, que iban de derecha á izquierda, como si buscasen á alguno; en aquella media claridad solían mirar descaradamente á los hombres, acechaban allí para convencerse de que el marido ó el hijo habían salido de las tabernas y se dirigían al trabajo.

También fué examinado por ellas el hombre tendido en el arroyo. Echábase de ver que los rasgos de aquella fisonomía eran juveniles, pero ya endurecidos; que tenían cierta rigidez cadavérica; que los labios se hallaban contraídos y apretados; pero no le conocían, y además no era trabajador, toda vez que su traje decía muy claramente que era marinero.

Esto no obstante, una mujer, madre de un marinero, intentó, más compasiva que las otras, separarle del arroyo; no pudo lograrlo, porque el peso era excesivo.

—¡Qué cadáver más grande! exclamó volviendo á dejar caer los brazos del marinero que había levantado del suelo.

Este cuerpo, sobre el cual había caído toda la lluvia de la noche, era el de Ives. Poco después, cuando era ya de día completo, varios camaradas suyos le reconocieron al pasar y se lo llevaron.

Acostáronle, completamente mojado por el agua del arroyo, en el fondo del bote, y dirigieron su rumbo hacia el buque, al cual llegaron al fin, bien que no sin trabajo, pues el mar continuaba alborotado y les era contrario el viento.

VI

Ives se despertó poco á poco hacia la caída de la tarde. Experimentó entonces, y de pronto, sensaciones muy dolorosas, que reaparecían una á una, como si resucitase con lentitud de una especie de muerte. Sentía frío; un frío que penetraba hasta la medula de sus huesos.

Hallábase entumecido: acostado durante muchas horas sobre un lecho muy duro, intentó, casi sin darse cuenta de ello, hacer un movimiento para volverse; pero su pie izquierdo, en el que sintió de pronto un terrible dolor, estaba sujeto por una cosa rígida, contra la cual comprendíase

bien que era inútil luchar. Sí; Ives conocía por experiencia esta sensación, y comprendió lo que era aquel objeto: la cadena.

Sabía de memoria aquel despertar inevitable de las noches de placer. Estar amarrado como una fiera durante muchos días. El sitio en que yacía lo adivinaba sin necesidad de abrir los ojos: era un recinto estrecho, sombrío, húmedo, con un olor insoportable y con poca luz, pálida y mermada, que entraba de lo alto por los menguados agujeros: la cala de *El Mágico*.

Pero Ives, no completamente despierto aún, confundía aquel *amanecer* con otros parecidos que ocurrieron en lejanos países... allá, en América ó en los puertos de China. ¿Se le había castigado por haber apedreado á los alguaciles de Buenos Aires? ¿Era, por ventura, el combate sangriento de Rosario lo que le había conducido á la prisión? ¿Duraban todavía las consecuencias de la cuestión con los marineros rusos de Hong-Kong? En una palabra: ignoraba por completo lo que había ocurrido y no tenía ni la más remota idea del país en que se hallaba.

Los vientos y las olas podrían haber paseado *El Mágico* por todos los países del mundo; podrían haberle sacudido, volteado, destrozado por

fuera, pero sin alterar en lo más mínimo la disposición de los objetos existentes en aquella cala; las bobinas de cables, el traje de buzo; ni atenuar el olor de ratas, de humedad y de brea de aquel recinto.

Ives sentía un frío penetrante, que llegaba hasta la medula de sus huesos, y comprendió que su traje, lo mismo que su cuerpo, estaban completamente mojados. Esta lluvia, el viento, el cielo sombrío de la víspera, presentáronse vagamente á su memoria. Recordó entonces que no se hallaba en los países, de azulado cielo, del Ecuador; que estaba en Bretaña; que había llegado aquel regreso, tantas veces apetecido.

Pero ¿qué había hecho él para estar ya encadenado? Buscaba la causa sin hallarla. De pronto surgió de su mente un recuerdo, así como entre sueños; recordó que cuando se trató de *izarle*, como un bulto, hasta el buque, se había despertado á medias, obstinándose en subir por su propio pie; una vez arriba, había encontrado, por desgracia, á un jefe con quien estaba enemistado, habíase trabado de palabras con él, de las palabras se había pasado á las obras, y desde aquel momento su recuerdo cesaba, sus ideas se oscurecían, y nada pudo encontrar que enlazase

aquella lucha con su situación poco agradable.

Pero, no podía dudarle, el permiso con que ya contaba para ir á su pueblo de Plouherzel, no le sería concedido. ¡Todas las esperanzas, todos los deseos acariciados durante tres años, se habían desvanecido! Pensó en su madre, y esta memoria le llenó el corazón de amargura. Acarició por un momento la esperanza de que fuese todo una pesadilla, y á fin de convencerse de esto, trató de mover su pie aprisionado y entumecido.

Entonces se oyó en aquella estrecha y hedionda prisión una sonora carcajada: un hombre estaba de pie delante de Ives.

—Vamos, ¿despiertas ya? le preguntó, sin dejar de reír.

Ives reconoció á su buen amigo Juan Barrada, y levantando hacia él sus ojos, le preguntó *si yo lo sabía*.

—¡Bah! contestó Juan: ¿pues no he de saberlo? Ya he bajado aquí tres ó cuatro veces, una de ellas acompañado del médico; estabas tan rígido y tan... que le has causado miedo. Y estoy aquí de vigilante, con encargo de avisarle si das señales de vida.

—¿Y para qué has de avisarle? No necesito que vuelva, ni es menester que venga na-

die. No avises, Barrada; ¿lo oyes? Te lo suplico.

Así sucedía siempre; había caído una vez más en el mismo vicio. Las pocas veces que saltaba á tierra acababa por embriagarse, y no lograba evitarlo. Era evidente, sin embargo, y cuantos le estimaban se lo habían dicho, que tal hábito era terrible y mortal. Irritado contra sí mismo, retorció sus brazos musculosos, que crujieron, se incorporó á medias, apretó los dientes y después se dejó caer, chocando su cabeza contra la plancha dura de la cala. ¡Oh! su pobre madre... estaba allí... tan cerca de él, y él no podría verla, no podría acariciarla después de tres años de haberlo deseado; ¡y este era su regreso á Francia! ¡Qué miseria y qué angustia!

—A lo menos, dijo Barrada, debías mudarte. Permanecer tan mojado como tú estás, no es sano, y vas á pillar una enfermedad seria.

—Mejor; déjame en paz, Barrada.

Al decir esto, su tono de voz era raro y seco, su mirada era torva y sombría; su compañero Barrada comprendió que efectivamente convenía dejarle solo.

Ives volvió la cabeza y ocultó su rostro debajo de los brazos, que había levantado; después, como si temiese que Barrada pudiera sospechar

30452

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA LUIS VIAL

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

que lloraba, cambió con arrogancia de postura y miró hacia adelante. Sus ojos, á pesar de su somnolencia, aún no cerrados del todo, tenían una fijeza espantosa. En su cerebro bullían y se agitaban proyectos descabellados; ideas concebidas en otra ocasión, en horas de rebeldía ó de oscuridad, renacían en su espíritu agitado.

Sí; debía desertar como su hermano Goulven, como sus hermanos; pero esta vez estaba completamente decidido, definitivamente resuelto. La vida de aquellos aventureros que había encontrado en la *ballenera* de Oceanía y en las posesiones de recreo de las ciudades del Plata, aquella vida azarosa del mar, sin ley y sin freno, le atraía; aquello estaba en su sangre además, era de familia.

¡Su madre!... Este recuerdo no le impedía seguir pensando en la deserción, y sólo modificaba su proyecto en cuanto á la forma de resolverlo; una vez fuera del buque, Ives se proponía pasar de noche por Plouherzel á fin de abrazarla. En esto no haría más que seguir el ejemplo de su hermano, que algún tiempo atrás había hecho exactamente lo mismo. Ives se acordaba de haberle visto llegar casi de noche, procurando no ser visto y recatándose para no ser conocido; al

día siguiente, día de tristes despedidas, mientras Goulven permaneció en la casa, todo estuvo cerrado. Su pobre madre había llorado mucho, es verdad; pero ¿qué remedio?... Eso es inevitable. Su hermano Goulven tenía, á pesar de todo, aire altanero y decidido.

Exceptuando á su madre, Ives, en aquellos momentos, odiaba á todo el universo. Pensaba en aquellos años empleados en el servicio, en el secuestro de los buques de guerra bajo el durísimo yugo de la disciplina, y se preguntaba: ¿para qué y para quién? En su corazón se desbordaban otra vez los odios, la desesperación, el deseo de vengarse, y, sobre todo, el anhelo de ser libre. Y como yo había sido causa de que se reenganchase por cinco años al servicio del Estado, también á mí me aborrecía, confundíendome en su inquina y en su ira con todos los demás hombres.

Barrada le había abandonado, obedeciendo sus órdenes, y la noche de Diciembre se venía encima.

Ya no se veía descender por la claraboya de la cala los resplandores cenicientos del día; por allí no bajaba más que una bocanada de humedad que helaba. *

Ives comenzó á escuchar los ruidos de la noche, que conocía perfectamente. El viento continua-

ba, y á medida que los hombres guardaban silencio, oíase mejor y más poderosa la voz de la Naturaleza. Oía incesante el rechinar de la arboladura, y sobre todo el ruido del mar, que todo lo sacudía, como manifestando impaciencia. A cada sacudida la cabeza de Ives rodaba sobre la madera, á pesar de que, á fin de lastimarse menos, había colocado sus manos por debajo.

Era indudable que á tales horas nadie bajaría á la cala. Ives estaba solo, tendido en el suelo, sujeto á su argolla, y rechinaban sus dientes de frío.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto: 1025 MONTERREY, MEXICO

VII

Sin embargo, Juan Barrada bajó; afectó, á fin de no incomodar á su amigo, hacer como que buscaba alguna cosa.

Entonces Ives le llamó en voz muy baja, y le dijo:

—Barrada, ¿quieres darme un poco de aguardiente para beber?

Barrada se apresuró á mezclar en una copa agua un tanto rojiza, por haber sido traída desde las repúblicas del Plata en una caja de hierro, un poco de vino robado á la cantina y un poco de azúcar tomado en el camarote del comandante, y levantando después dulce y cariñosamente la cabeza de Ives, hízole beber.

—¿Y ahora, le preguntó, quieres mudarte?

—Sí, contestó Ives, con una vocecita casi de niño, que formaba contraste singular con su actitud terrible de pocos minutos antes.

Desnudáronle entre dos de sus compañeros; le enjugaron el pecho, los brazos y la espalda; le pusieron un traje completamente seco y le acostaron nuevamente, colocando debajo de su cabeza un saco para que durmiera con mayor comodidad.

Cuando Ives dió las gracias á sus camaradas, una sonrisa dulce, la primera, cambió toda su fisonomía. Aquello era el acabamiento del incidente; su corazón estaba ya dulcificado.

Experimentaba un enternecimiento infinito pensando en su madre, y tenía muchas ganas de llorar: algo así como una lágrima vino á hume-

decer sus mejillas, aunque sus ojos no solían tener esas debilidades... Quizás, pensaba Ives, serán los jefes algo indulgentes conmigo; ¡ah! si no me imponen un castigo grave, no me volverá á suceder, y yo haré que se me perdone todo. Por esta su vez resolución era definitiva. Cuando, después de la forzada templanza del mar, bebía una sola copa de aguardiente, su cabeza se iba á pájaros, y necesitaba otra, y otras, y muchas; pero no bebiendo la primera estaba seguro de obrar como hombre prudente.

Había en este arrepentimiento y en este propósito de la enmienda una sinceridad infantil, y estaba convencido de que si conseguía escapar del *Consejo de guerra*, ésta habría sido su última calaverada.

Ives, sobre todo, tenía esperanza en mí, y además deseaba verme; suplicó, por consiguiente, á su amigo Barrada que subiese á buscarme.

VIII

Cuando acaecieron los hechos referidos, hacía siete años que Ives y yo éramos amigos.

Habíamos ingresado en la armada por puertas diferentes, y él, aunque tenía algunos meses menos que yo, me había precedido en dos años.

El mismo día que llegué á Brest en 1867 para vestir allí el primer uniforme de marino, la casualidad me hizo encontrar á Ives Kermadec en casa de un protector suyo, un comandante viejo ya y que había conocido á su padre. Volvía entonces de su país, donde había disfrutado una licencia de ocho días, y me pareció que estaba muy triste á consecuencia de la despedida, para mucho tiempo, de su madre; yo estaba en caso muy parecido; ambos teníamos entonces dieciséis años, y en esta edad tal semejanza de situaciones engendra necesariamente simpatía.

Tiempo adelante, y cuando era yo jefe, volví á

encontrar en el primer buque donde ejercí funciones, á Kermadec, ya convertido en un hombre hecho y derecho: lo escogí como *gaviero de hamaca*.

Existía en aquellos tiempos cierta solidaridad entre los oficiales y los grumetes, máxime durante la campaña en tierra lejana, como era la que á la sazón hacíamos. En tierra ya, en medio de extranjeros y enemigos, y en que nos encontrábamos de noche alguna vez con nuestros grumetes, solíamos llamarlos en nuestro auxilio cuando sobrevenía un peligro, y entonces, reunidos oficiales y marinos, podíamos imponernos. En tales casos, Ives era nuestro aliado más valioso.

Como notas para el servicio, las suyas no eran muy excelentes: «Un modelo á bordo; el hombre más apto y más marino; pero su conducta en tierra es imposible.» O bien: «Ha demostrado un valor y una lealtad admirables;» y después, «Indisciplinable, incorregible.» En otra parte: «Celo, honor, fidelidad,» y después: «díscolo, insolente.» Sus noches de cadena y sus días de prisión no podían contarse: ¡tantos eran!

En lo moral como en lo físico, era alto, fuerte y hermoso, con algunas irregularidades en los pormenores.

A bordo era infatigable marinero; en el trabajo siempre, siempre vigilante; en toda ocasión pronto y apercebido para la faena, y constantemente aseado.

En tierra, el marinero alborotador, borracho y preso, era siempre él; el marinero recogido al amanecer en medio del arroyo, medio desnudo, despojado de su traje, como un muerto, por los negros unas veces, otras por los indios ó por los chinos, era siempre Ives.

Ives era el marinero escapado que pegaba á los agentes de la autoridad, ó reñía á puñaladas ó á sablazos con los alguaciles. Todos los géneros de imprudencia y de locura le eran familiares.

Las cosas de Kermadec, antes que enojarme, me divertían muchas veces. Cuando con sus camaradas saltaba á tierra, solíamos preguntarnos unos á otros los oficiales: «¿Qué historia nos contarán de ese calavera mañana? ¿En qué estado regresará?» Y yo, por mi parte, pensaba que mi pobre hamaca estaría sin arreglar dos ó tres días por lo menos.

Declaro con franqueza que, por lo que respecta á mi hamaca, la cosa no me interesaba mucho; pero el bueno de Kermadec era tan leal, demostraba poseer tan noble corazón, que yo había

concluído por aficionarme á él, y no me reía tanto como mis compañeros de aquellas diabluras, que me hubiera holgado de evitar en lo sucesivo.

Terminada aquella campaña, para mí la primera, hubimos de separarnos; pero la casualidad hizo que Kermadec y yo nos reuniésemos nuevamente en otro buque: entonces llegué á cobrarle verdadero cariño, al cual correspondía él con toda su alma.

Sobrevinieron además en este viaje dos sucesos que nos aproximaron más todavía. Ocurrió el primero en Montevideo, una mañana muy temprano. Ives estaba en tierra desde la víspera, y yo había llegado al muelle, acompañado por dieciséis hombres, con el encargo de hacer provisión de agua dulce.

Aún recuerdo aquella semiclaridad fresca de la mañana, aquel cielo, ya casi iluminado por el sol naciente, y estrellado todavía; la ría casi desierta, que atravesábamos remando suavemente; aquella gran ciudad, que tenía cierta semejanza con las poblaciones europeas, bien que conservando aún algo de salvaje en los pormenores.

Al pasar veíamos abrirse á nuestros ojos, y unas en pos de otras, como si se proyectasen en el cielo que blanqueaba, aquellas calles tiradas á

cordel, largas, inmensas, que parecían interminables. En aquella hora indefinida en que la noche tocaba á su acabamiento, ni se veía una luz, ni se oía un solo ruido; de vez en cuando solía resonar el paso vacilante de algún transeunte sin hogar; y á las orillas del río veíamos de trecho en trecho tabernas de aspecto repugnante, ó cobertizos que despedían penetrantes olores de especias y de alcohol, pero nauseabundos, y negros como tumbas.

Detuvimos nuestra embarcación delante de una taberna que tenía el llamativo nombre de *Taberna de la Independencia*.

Una canción española, medio ahogada, salía del interior; una de las puertas estaba entreabierta; dos hombres reñían á puñaladas próximos al establecimiento, y á lo lejos se oía el vómito repugnante de una mujer borracha.

Vimos entonces salir de la taberna un grupo que atrajo nuestra atención: cuatro hombres conducían en brazos á otro que debía de hallarse completamente ebrio, pues parecía sin conocimiento. Los cuatro apresuraron su paso, dirigiéndose hacia el mar, como si nos temiesen.

Conocíamos de sobra aquel juego, muy usado en los sitios desacreditados de la costa; embria-

gar á los marineros, hacerles firmar algún compromiso insensato, y embarcarlos después cuando no pueden sostenerse por sí mismos. Se aparejaba en seguida, y cuando el hombre volvía en su conocimiento, el buque se hallaba muy lejos: entonces ya se encontraba cogido bajo un yugo de hierro, y era conducido como esclavo á la pesca de la ballena, lejos de toda tierra habitada. Una vez allí, no había temor de que intentase la fuga; era desertor de la armada de su país; estaba perdido para siempre.

Por esto, aquel grupo nos pareció sospechoso; apresurábanse ellos como ladrones, y yo dije á mis marinos: «Démosles caza.»

Al observar que eran perseguidos, dejaron caer su carga, que chocó pesadamente sobre la tierra, y se pusieron en precipitada fuga.

El fardo era Ives. El tiempo que empleamos en reconocerle y levantarle fué suficiente para que los otros cuatro hombres se encerrasen en la taberna; y aunque mis marineros deseaban derribar la puerta y tomar la taberna por asalto, les disuadí de aquel intento, cuya realización podría haber originado complicaciones diplomáticas con el Uruguay.

Por otra parte, Ives estaba en salvo: esto era

lo principal. Llevámosle á bordo sobre un capote que hice colocar encima de los odres que contenían nuestras provisiones de agua dulce.

El segundo de los acontecimientos á que más arriba he aludido, ocurrió en Pernambuco. Había yo perdido, bajo mi palabra, jugando con marinos portugueses. Era absolutamente preciso pagar dentro de las veinticuatro horas, y como ni yo tenía dinero, ni mis compañeros tampoco, el problema se presentaba de solución bastante difícil.

Ives había tomado muy en serio, casi por lo trágico, aquella situación mía, y se había apresurado á ofrecerme todo su capital, que estaba depositado, bajo mi custodia, en uno de los cajones de mi mesa.

—¡Me complacería tanto, mi capitán, el que usted aceptase mis ahorros! Por el pronto, yo no necesito ir á tierra, y además usted sabe que sería más conveniente para mí no poder ir nunca.

—Bueno, amigo Ives, bueno: yo aceptaría, ya que en ello te empeñas, ese dinero por unos cuantos días; pero, así y todo, aún me faltan cien francos; ya comprendes que nada adelantaré con eso.

—¿Cien francos aún? Me parece que tengo esa cantidad en mi saco.

Y al decir esto, desapareció, dejándome admirado; no parecía verosímil que Ives tuviera cien francos en su saco.

Tardó bastante en volver; era evidente que no encontraba aquel dinero; ya lo había yo previsto.

Tornó al fin.

—Aquí están, me dijo alargándome su portamonedas y manifestando en su semblante intenso regocijo.

Sospeché entonces lo que había hecho, y le dije: «Haz el favor de prestarme un momento el reloj; he dejado el mío en prenda.»

Turbóse bastante al oírme, y me contestó que se le había roto. No me había yo equivocado; para facilitarme aquellos cien francos Ives había vendido á un compañero el reloj y la cadena por la mitad de su valor.

Estos servicios mutuos estrecharon más y más nuestra intimidad, y Kermadec sabía perfectamente que podía acudir á mí en cualesquiera circunstancias. Cuando Barrada vino á llamarme de parte de Ives, bajé á verle.

Pero, por desgracia, habíase metido entonces en un mal negocio, acometiendo á un superior

suyo. A pesar de haber intercedido yo por él cuanto me fué posible, el castigo fué severo y duro. Cuatro meses después hubo de emprender un nuevo viaje sin haber conseguido abrazar á su madre.

En el momento de embarcarme con él en la *Sibylle* para dar la vuelta al mundo en trescientos días, le conduje un domingo á *Saint-Pol-de-Leon*, con el propósito de consolarle.

Era cuanto yo podía hacer en su obsequio, porque su pueblo natal, Plouherzel, estaba muy lejos de Brest, en las costas del Norte, en el fondo de un país casi perdido, y aún no existía por aquellas comarcas un ferrocarril que nos permitiese llegar allí en un solo día.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

Muchos años hacía que Ives soñaba con ver de nuevo aquel *Saint-Pol-de-Leon*, el pueblo de su nacimiento.

En los tiempos en que navegamos juntos, frecuentemente, aunque pasando de largo, habíamos visto el antiguo campanario de Creizker, elevándose en lontananza sobre el horizonte triste y monótono que presentaba allá, muy lejos, la tierra de Bretaña, el *país de Leon*.

En aquellas noches de cuarto solíamos cantar la melancólica canción bretona:

He nacido en Finisterre;
 En San Pablo vi la luz;
 Mi campanario es el más hermoso de la tierra;
 Mi país es el más hermoso de la comarca.

 Devolvedme mis brezos
 y mi campanario (1).

Parecía, sin embargo, que una fatalidad nos perseguía; nunca habíamos logrado ir á Saint-Pol. Cuantas veces habíamos pensado ponernos en camino, surgían á última hora inconvenientes que lo impedían; recibíanse órdenes inesperadas, y era necesario partir. Con esto, Ives y yo

(1) Hemos creído preferible, á fin de conservar el carácter de la canción, traducirla literalmente, mejor que procurar una traducción en verso, que no habría podido ser fiel.
 (N. del T.)

habíamos acabado por asociar cierta superstición al campanario de Creizker, solamente entrevisto de lejos siempre, como en silueta, en las lejanías del sombrío horizonte.

Esta vez, no obstante, el viaje parecía asegurado: íbamos, por fin, á Saint-Pol-de-Leon. Tomamos asiento los dos en el cupé de una diligencia bastante deteriorada; á nuestro lado viajaba un cura bretón. Los caballos emprendieron su marcha y comenzaron á arrastrar el desvencijado vehículo; la cosa iba de veras.

Era muy de mañana, en uno de los primeros días de Mayo; pero caía una lluvia menuda y fría, como lluvia de invierno.

Al revolver una montaña cesó la lluvia, cesó el viento, y de pronto cambió de aspecto todo.

Descubrimos á larga distancia un paisaje plano, las landas áridas y desnudas como un desierto; el paisaje de León, en el fondo del cual, muy lejos, elevaba la torre de Creizker su aguja de granito.

A pesar de su tristeza, aquel país tenía su encanto, y mi compañero Ives sonreía viendo su campanario aproximarse hacia nosotros.

Una neblina de vapores oscuros, de un tinte suave, tinte que podríamos llamar septentrional,

cubrió por completo el cielo, y en la monotonía de este país... solamente allí, en el término del vago horizonte, se veían, como puntos salientes, la silueta de Saint-Pol y las de tres campanarios negros.

Muchachas bretonas antecogían sus rebaños de carneros dirigiéndolos al pasto; algunos muchachos, haciendo caracolear á sus caballos, espantaban al ganado; *cabriolés* atravesaban rápidamente el camino; en casi todos iban mujeres con vistosos tocados de días de fiesta, y que se encaminaban á oír misa á la ciudad. Oíase el ruido alegre de las campanas; animábase el camino, regocijábase todo: habíamos llegado.

X

Almorcé con Ives en la posada más *elegante* que hallamos en la población, y al terminar nos sorprendió advertir que á la fría mañana de invierno había seguido un hermosísimo día de Ma-

yó. En las callejuelas solitarias, ramos de lilas, macizos de flores, manojos de rosas que nadie había sembrado, adornaban las paredes; había allí verdadero sol, y por todas partes se aspiraban perfumes de primavera.

Ives lo miraba todo, y producía en él grande y aun dolorosa extrañeza que no surgiese en su espíritu ningún recuerdo de su infancia. Buscando, buscando en los más apartados rincones de su memoria, no conseguía reconocer ni recordar nada en aquello, y poco á poco se apoderó de su espíritu impresionable el desencanto.

En la plaza Mayor de Saint-Pol hallábase reunida la muchedumbre alegre y bulliciosa de los días festivos. La catedral de los antiguos Obispos de León dominaba por completo esta plaza y proyectaba sobre ella una gran sombra; alrededor de la torre se agrupaban casas antiguas; multitud de bebedores rodeaban las mesas colocadas delante de las puertas.

Ives penetró en la iglesia, pasó distraído por delante de los sepulcros episcopales, pero se detuvo pensativo á la entrada, delante de la pila bautismal.

—Mire usted, me dijo, aquí me bautizaron. Mi familia debía de habitar muy cerca de este

sitio; mi pobre madre me ha contado muchas veces que el día de mi bautizo, cuando la infirieron aquella ruin ofensa de no tocar por mí las campanas, había ella oído desde el lecho el canto de los sacerdotes.

Por desgracia, Ives había olvidado pedir en Plouherzel á su madre las indicaciones necesarias para hallar la casa en que habían habitado.

Mi compañero de viaje contaba para estas averiguaciones con las noticias que le proporcionase su madrina, Ivona Kergaoc, que debía de vivir justamente en una casa de la misma iglesia. Al llegar al pueblo habíamos preguntado por ella, y nos habían dicho:

—Pero ¿de dónde vienen ustedes, señores? Esa mujer murió hace ya doce años.

De Ivona se acordaban todos, pero de los Kermadec nadie guardaba recuerdo alguno. No era extraño; hacía veinte años que habían abandonado el país.

Subimos al campanario de Creizker y creí que no llegáramos nunca.

Llegamos por fin, no sin haber molestado á las cornejas que habían hecho allí su habitación.

Allá arriba, los dos solos, aislados en el aire vivo y en el cielo azul, contemplábamos los objetos á

vista de pájaro. Bajo nuestros pies había, en primer término, multitud de cornejas que revoloteaban y giraban formando nube y dándonos un concierto de tristes gritos; mucho más abajo la ciudad de Saint-Pol, que parecía haberse achatado, y en sus callejas oscuras una muchedumbre liliputiense; á lo lejos, y hasta donde alcanzaba la vista, hacia el Sur, extendíase el país de Bretaña hasta las montañas Negras, y hacia el Norte el puerto de Roscoff, con sus caprichosas rocas, cuyas puntiagudas cabezas rompían el espejo del mar; aquel espejo del inmenso mar azul pálido que iba á confundirse, allá, lejos, muy lejos, en los límites del horizonte, con el cielo de color muy semejante.

—Causábanos cierto regocijo haber logrado al fin subir al campanario de Creizker, que tantas veces nos había visto pasar por en medio de la inmensidad de las aguas; él, fijo, inmóvil, siempre allí, inaccesible, inmutable, cuando nosotros, pobres gentes de mar, éramos arrastrados á merced de los vientos y de las olas.

Ives, sin embargo, continuaba muy desencantado y muy triste por no haber hallado rastro alguno de la casa en que había nacido, ni recuerdo de su madre.